
Cultura y libertad: correlación imperfecta

ÁLVARO DELGADO-GAL*

DIFIERE, en lo cultural, la España contemporánea de la inmediatamente anterior a 1978? Por supuesto que sí, y en tantos aspectos, que suscita pereza la idea misma de empezar a enumerarlos. ¿El hecho de que España se convirtiera formalmente en una democracia, ha influido en el tipo de cultura que después se iría generando? En unos casos sí, y en otros no. ¿Hemos mejorado culturalmente? Otra vez, depende de los casos. Haré un recorrido libre por las tres preguntas y sus correspondientes respuestas.

En orden a evitar simplezas, conviene no abundar en explicaciones inspiradas en correlaciones mecánicas. Por ejemplo: conviene no rebotar, como una pelota de goma, desde la especie DEMOCRACIA a la especie LIBERTAD, o de la especie LIBERTAD a la especie CREATIVIDAD —apelo aquí, adrede, a una voz peculiarmente horrenda—. Estas especies, vaya por delante, guardan entre sí alguna suerte de conexión. La libertad está más garantizada, en lo que toca a los derechos individuales o a los límites del Estado, en una democracia constitucional que en una dictadura. E igualmente, se puede crear sin costes civiles o penales en una democracia, lo que no ocurre siempre en una dictadura. Estas reflexiones proporcionan argumentos genéricos para aplaudir la democracia. Ahora bien, se quedan cortos a la hora de formular pronósticos sobre cómo irán las cosas de la cultura tras un cambio de régimen. Les pondré un ejemplo absolutamente concreto, que la discreción me obliga a disfrazar bajo una púdica X. Les repito, con todo, que el ejemplo es absolutamente concreto.

X, un escritor de talento, ha empezado a echar sus primeros brotes a finales de los 50 o comienzos de los 60. Por esas fechas, era rigurosa-

* Escritor, su último libro publicado es *La esencia del poder*.

mente imposible ganarse la vida como escritor. No existía, de suyo cae, una ley que prohibiese reunir dinero publicando novelas. Pero el país era pobre, la red editorial, mínima, y el hombre de pluma se veía en la necesidad de salir adelante a través del periodismo o, en habiendo suerte, de una profesión más homologable que la de la literatura. X se encontraba, dichosamente, en el segundo caso. La traducción práctica de esto es que X no escribía, ni pretendía hacerlo, para demasiada gente. Se había creado un público corto, dedicado, y altamente vocacional, que le aseguraba los mínimos que necesita un creador para seguir en la tarea de crear. Esto es, la conciencia de estar dirigiéndose a alguien, de ser una conciencia orientada a otras conciencias. Las modas se desenvolvían relativamente lejos, los intermediarios editoriales no le daban la lata, y existía una suerte de sentimiento misional. A X le parecía estar dedicándose a un trabajo extremadamente importante, que sólo se hallaban en grado de apreciar los espíritus escogidos.

La circunstancias que he rememorado no eran malas para el ejercicio de la literatura. Ciertamente, existía la censura. Pero la censura, letal para la expresión política, no es eficaz contra la novela —o muchas novelas—, y las bellas artes. Y ciertamente, existía la relativa pobreza. Sin embargo X, pobre en comparación de un autor moderno de *best sellers*, era pudiente respecto de los españoles medios de su época. Demos un salto, y pongámonos en lo que está pasando ahora.

Existe una industria editorial potente. ¿Beneficia a la creación? Mi sospecha es que no. Los editores presionan al autor para que escriba un título por año, lo que no es bueno. Y los promotores marean al novelista paseándolo por toda España cada vez que saca un libro. Estoy refiriéndome a la parte venial del tinglado en su versión última. Es peor que las técnicas de marketing, y la fagocitación de las pequeñas editoriales por las grandes, hayan velado la diferencia entre un libro popular y un libro de calidad. Yo conocí bien a X, y sé que esta mudanza le produjo vértigo, y una suerte de desmoralización. El aumento de volumen editorial no ha venido acompañado, por desgracia, de una mejora de la red librera. Dominan las grandes superficies, donde el espacio es caro y la permanencia de los libros, precaria. La novedad expira al cabo de muy poco tiempo, con la consecuencia de que se produce una descompensación dramática entre el esfuerzo que se ha invertido en un libro, y lo que éste resiste en el

mercado. Y así sucesivamente. Después de todo, X habría sobrevivido difícilmente en el ecosistema actual, sujeto al doble flagelo de la gestión ignorante y el criterio predominantemente comercial.

Vuelvo a la teoría. La comercialización de la literatura no tiene nada que ver con el cambio de régimen. Es producto de transformaciones sociales y económicas que no cabe explicar en clave estrictamente política. Pero aloja efectos que pueden neutralizar, y aun invertir, los beneficios genéricos que asociamos a la democracia y la libertad.

Centrémonos a continuación... en el mundo de la plástica. Para entender lo que está sucediendo a la sazón, en España lo mismo que fuera de España, hay que tener en cuenta dos factores. El primero, viene de lejos: la implosión de los cánones, o dicho de modo más directo y expresivo, una absoluta falta de acuerdo sobre lo que es el oficio, falta de acuerdo que ha cristalizado en una suerte de pseudoacuerdo: el de que el oficio no importa. Como es natural, no se ofrece al público una producción coherente, y como es natural también, se intenta colmar el hueco elevando a categoría estética la novedad. Los centros de arte compiten entre sí en una carrera en que prevalece lo sorprendente, y si de gran tamaño, mejor. La reducción al absurdo de todo esto es el Guggenheim de Bilbao, seguido luego de experimentos muchos más ramplones. El Guggenheim constituyó una noticia fabulosa, apoyada, casi en un cien por cien, en la calidad del edificio. Pero nadie habla de la colección permanente. Ni siquiera se habla demasiado de las exposiciones que de vez en vez se van celebrando. Se ha vertido incluso en publicaciones respetables la opinión de que es reaccionario que un museo de arte contemporáneo aloje obras de arte. Ignoro si se han hecho encuestas, pero aventuraría que uno de los grandes activos del museo, si no el mayor después de que la carcasa quedara incorporada al entorno urbano de Bilbao, es la excelencia del restaurante.

El segundo factor es socioeconómico. En contra de lo que se dice, existe muy poco mercado de arte contemporáneo. La base del dinero, es pública. Se trata, bien de dinero directamente público, bien —en países como los EE.UU.— de dinero que se invierte al abrigo de beneficios fiscales altos, o con la mira puesta en economías externas al hecho cultural. Los principales adquirentes de obras de arte contemporáneo —que con frecuencia no se puede colgar en las paredes, porque son instalaciones— son fundaciones y museos. Una mirada atenta nos revelaría que el proceso

es circular. Los intermediarios, instalados en el enclave estratégico del museo, suben el valor de las obras, que compran otra vez los museos y algún despistado que pasa por ahí. La conclusión, es que no hay público, si por tal se entiende al que expresa su aprecio hacia una obra gastándose en adquirirla un dinero que sustrae de otras formas de consumo —coches, villas, restaurantes caros—. Lo que eminentemente hay, son visitantes de centros de arte, los cuales acrecen la concurrencia de curiosos con perfecta independencia de las cosas que en ellos se enseñan. Esto complace grandemente a los funcionarios políticos, obligados a ejecutar un presupuesto y justificar la inversión alegando el reflejo que ésta ha tenido en los medios de comunicación y el movimiento de masas.

¿Se trata de un desarrollo deseable? Pienso que no. Y de nuevo, no tiene nada que ver con la democracia. O guarda con ésta una relación indirecta. Las democracias se sienten mucho menos inquietas por la ebullición popular que las dictaduras. Pero no hay mucho más que decir.

La cultura, en la acepción tradicional del término, se reduce a dos cosas: creación de productos culturales excelentes, y las actitudes sociales que promueven la generación y necesidad de los tales productos. ¿De qué es función, hablando al modo matemático, la cultura? De una multiplicidad de variables: el estado de salud intrínseco de una disciplina, la ubicación de los creadores en la jerarquía social, las prioridades de quienes financian la cultura, el grado de formación del público, el tamaño de éste, y también la libertad. Pero la libertad es un factor, cuya importancia depende, además, del campo de que se trate. En la Atenas de Platón, la música y el gobierno de los coros jugaban un papel decisivo en la economía civil, según lo atestigua Platón. El grado de libertad influía, de manera inmediata, en el carácter de la música. Esta derivada se puede hacer hoy en día en lo relativo al pensamiento político o quizá el cine, pero me temo que no afecta a la música clásica. No seamos por tanto simplones llegado el trance de hablar de cultura y libertad. Los caminos que comunican a una con otra son sinuosos.